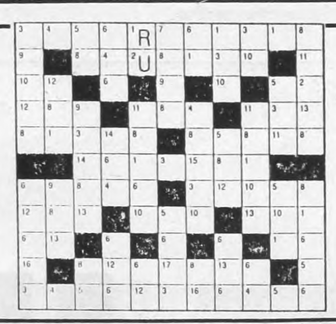
EN CLAVE

Resuelva el siguiente crucigrama sabiendo que a igual número corresponde igual letra.



SOLUCION MIERCOLES

C	E	L	A	D	O	R	■	D
E	L	I	M	I	N	A	R	E
L	A	■	E	■	I	D	O	S
I	B	E	R	I	C	A	■	U
B	O	T	I	N	E	R	O	S
A	R	I	C	A	■	■	R	A
T	O	C	A	N	■	S	E	D
O	■	O	N	E	R	O	S	O
■	U	S	A	S	E	N	■	S

HISTORIAS

Por Luis Fernando Verissimo



Página/2/3

Verano/12

GENESIS DE ADAN



(Por Mariana Taboada) Se encontraron en la milonga. Corrientes y no sé qué, para ser exacta. Los dos solos. Ninguno dueño de sí. Dos hombres en pena. Uno poseído por el amor; el otro, por la locura. No era noche para el retorno del tirano depuesto, ni para una posible batalla terrestre. Convinieron con la mirada en que ese solo amanecer no los encontraría fantaseando tácticas para estrategias ya descartadas.

Esta vez, Elbia lo había abandonado, y el otro salía del memorable hospicio de la calle Vieytes. Pobrecito. A puro electroshock. Sal en las sienes y ruleros, como dicen por ahí. Uno, día por medio, y le postergaron el suicidio. Qué suerte. Pero también olvidó sus poemas. ¿Cómo decía? "Van a cantar:/ la noche va a nacer./ Empiezan a cantar/ el varón, la mujer,/ la noche va a nacer..." La música, tanta corriente eléctrica, debieron dispersarlo, no sé.

Allí dentro, todo a punta de disco. La orquesta demasiado cara. Lo demás como siempre: sidra para los más ricos; baldosas con leve mano de talco para que nadie se caiga de culo. Elbia, su más preciada Elbia, lo había abandonado. ¿Y ahora? Ahora la milonga, macho: pantalón ajustado y zapatos blancos, como corresponde.

Los médicos diagnosticaron psicosis distímica: algún tiempo muy arriba algún tiempo muy abajo. Había que estar prevenido. En cualquier momento Jacobo podía postrarse y llagarse las rodillas. "El hombre es indigno de estar de pie ante Dios", decía.

Por eso. Nada de misticismo. Sin Elbia él tampoco pisaba tierra firme. Noche de equilibristas. Ella jamás le creyó ser su mujer física y metafísica. Hasta la llamó Celedonia, don o regalo del cielo, y por fin Elbiamor, que sin duda era el nombre que mejor la definía. Hoy Elbiamante se pudrió, harta de tantas mujeres. ¿Cómo era el poema, Jacobo? "Mordí tu piel más lisa que los vientos..." o "Es muy larga la noche del corazón..." Qué sé yo, no me acuerdo más. Justo hoy sin palabras. El dulce poeta con amnesia. La angustia que crece. Las minas divinas: taco aguja, como bailando la muerte del cisne, volados por todas parte, el pelo batido.

Sabía que no debía emprender el descenso a los infiernos. Esa noche nadie lo rescataría. Si al menos Jacobo recordara... El era un demiurgo y algún idiota decía que padecía de síndrome confusional. Recuerda: "El poeta está expuesto a los relámpagos de Dios". Ni sales de litio ni imipramina, carajo. ¡Quién, en esa noche, lo devolvería a la tierra!

Más le valía no zarparse buscando la Venus Celeste o a la Beatrice del Dante. Un día, ya en pleno descenso desesperado, mientras su alma vagaba en el laberinto de los amores engañosos, él le susurró al oído: "Elbiamante, por primera vez aquí te nombro la Inteligencia Amorosa". Y, sin embargo, ahí, en la milonga, estaban todas ellas, todas tan exquisitas. La música tronaba. Esta vez "Arrabalera": "Oiga che, presénteme/ Soy Felisa Roberano/ Tanto gusto./ No hay de qué."

Cómo le tiraba la Flor del Barrio. Pero atenti. Por la mañana no habría ritual. Elbiamor no se acercaría con el pedazo de mineral especialmente traído de San Luis, ni le haría oler las begonias, ni acariciar a su gato Mandinga. Los tres reinos de la naturaleza quedaría dispersos y él, descuartizado en alguna esquina de Buenos Aires. Si Jacobo recordara esos versos, él podría jurarle amor eterno.

El demiurgo comenzó a recitar: "Nace en mi llanto de oscuridad de todo llanto". Nadie mejor que el poeta para encontrar la palabra redentora: de Acuario, el 25 de enero, el signo opuesto del Señor. Nadie mejor para dialogar con El. Cuestiones de dialéctica, ¿vio? Pensó que quizá la traición terminaría por redimirlo...

Y así Leopoldo comenzó a soñar, por primera vez, con la novela. Siempre empiezan igual: un hombre o una mujer, simples instrumentos de un destino inexorable. E imaginó que Jacobo se llamaba Samuel, y que recordaba el verdadero nombre de las cosas porque era el poeta del Verbo Divino. E imaginó que Samuel bailaba con una tal Haydée, agarrado a ella como un náufrago a su mástil. Y soñó que la música era la del Danubio Azul. Y que Elbiamor se llamaba Solveig, y que volverían a encontrarse una tarde de otoño. Y pensó entre baión y vals cruzado: "Sin embargo, ante lo 'imposible' de hoy y la dulzura del 'pudo ser', un dolor inefable los torturaría sin remedio. Y entonces ella no podría contener su llanto (...)". Leopoldo ya sabía que, alguna vez, escribiría su *Adán Buenosayres* y que esa misma noche, quizá, dormiría junto a Elbia Rosbaco, el gran amor de su vida. Mientras tanto, Jacobo Fijman concebiría "Hecho de Estampas", su primer libro de poesías. Antes de la despedida, recordó los últimos versos: "Van a cantar/ por el nacer./ El varón, la mujer./ Empiezan a cantar/ amanecer...



Exageración

Me confieso un urbano convicto. Tengo, como todo el mundo, visiones idílicas de una vida suburbana, árboles en el terreno de atrás y pajaritos amigos, pero esto no debe ser confundido con algún tipo de nostalgia por la selva.

Suburbano significa en los alrededores de lo urbano, con agua corriente y cine cerca. Estoy a favor de la civilización con todas sus contrariedades. Las personas que defienden lo pastoril y la vuelta a lo primitivo nunca se acuerdan, en sus rapsodias a la vida rústica, de los insectos. Siempre que oigo a alguien describir, extasiado, las delicias de un campamento —ah, dormir en el suelo, hacer fuego con ramas secas e ir al baño detrás de un arbusto— me sorprendo un poco más con la especie humana. Somos todos de la misma especie, pero lo que horriza a algunos encanta a otros. Pues yo soy de los horrorizados con la privación deliberada. Muchas generaciones contribuyeron con su sacrificio y su ingenio para que yo no necesitase hacer nada más detrás del arbusto. Me sentiría un ingrato haciéndolo. Y la verdad es que, hasta para quien no tiene mis prejuicios, las delicias de lo primitivo nunca son exactamente como las describen. Aquella legendaria casa a la orilla de una playa escondida donde la civilización no llegó y todo, por lo tanto, es puro y bueno, no existe. O, si existe, no es tan así.

—Necesitás verlo. Un paraíso. No hay ni un almacén cerca.

Es decir, no hay acceso a la aspirina, a los fósforos o a algún tipo de lectura. Salvo, tal vez, a la mitad de una revista *Cigarra* de 1948. La peor mitad.

—Uno se duerme oyendo el ruido del mar...

Y del viento entrando por las grietas. Y de animales terrestres y anfibios intentando entrar en la casa para agarrar tu pie. Y si te lo agarran, te morís. El antibiótico más cercano está a 100 kilómetros. No. Me quedo en la ciudad. La máxima concesión que hago a lo natural son las bermudas. Y, aun así, largas. Muy cortas y ya es un comienzo de vuelta a la selva.

Pero es cierto que hay exageración en el otro sentido.

La humanidad, o por lo menos aquel fragmento privilegiado de la humanidad que se beneficia con los avances de la técnica y el confort que proporciona, se acostumbra muy rápidamente con lo que tiene. Me imagino que no pasó mucho después de que descubrieron cómo hacer fuego para que alguien exclamase: "¡No entiendo cómo podían vivir sin fuego!" Era inconcebible que, durante algunas generaciones, nuestros antepasados hubiesen vivido sin calor y sin carne asada. Lo mismo con la rueda. ¿Cómo vivíamos sin la rueda, mi Dios? ¿Es posible imaginar el mundo sin teléfono? ¿Cómo se llamaban las personas cuando no existía el teléfono? ¿Y la radio portátil? Se crea o no, hubo un tiempo en que las personas iban al fútbol sin radios. Aun cuando ya existían, eran grandes y pesados aparatos que necesitaban enchufarse. Para llevarlas al partido, sólo un cable muy largo. Y ¿cómo sabían si les gustaba el juego, sin oír a los comentaristas?

¿La televisión tiene cuántos? Cincuenta años de edad. Y ya hay gente que se refiere a la época anterior a la televisión como a la prehistoria, un tiempo tan remoto y difícil de visualizar cuanto el tiempo de las cavernas. ¿Qué hacían todos antes de tener televisión en la casa? ¿Conversaban? ¿Leían? ¿O hacían alguna otra cosa rara?

Pero el otro día oí una frase que me sublevó, dicha por alguien tirado en un sillón frente a la televisión.

—¿Cómo es posible que las personas pudiesen vivir sin control remoto?

Merecía ser arrojado a la selva, desnudo y con una maza, para ver lo que era bueno y comenzar todo de nuevo. Si no fuera mi hijo, lo arrojaba.

Alivio

Un hombre siente que se despertó, pero no consigue abrir los ojos. Intenta moverse, pero descubre que está paralizado. Comienza a oír voces.

—Pobre...

—Mirá la cara. Parece que está durmiendo...

Siente olor a velas. ¿Será que...?

Otras voces:

—Descansó.

—Nadie lo esperaba. Tan saludable.

—Pobre...

Las voces parecen conocidas. Comienza a sentir pánico. Concentra todas sus fuerzas en abrir los ojos. No lo consigue. Intenta mover una de las manos. ¡Un dedo! Nada. Dios mío. ¡Necesito demostrar que es mentira, que no me morí! Me van a enterrar vivo. ¿O será que no es mentira? Realmente morí. Estoy oyendo todo, sintiendo todo, pero estoy muerto. Esto es horrible, esto es...

—Un hombre tan bueno...

—Gran tipo...

—Qué marido...

—Una vida ejemplar...

El hombre se queda más tranquilo. Puede estar en un velatorio. Pero, definitivamente, no es el de él.

Pueblo

Geneci...

—¿Señora?

—Necesito hablar con vos.

—¿Qué pasó? ¿La comida no estaba rica?

—Estaba riquísima. No es eso. Necesitamos hablar.

—¿Aquí en la cocina?

—Sí, aquí, tu patrón no puede oírnos.

—Sí señora.

—Vos...

—¿Fue el vaso que rompí?

—¿Querés quedarte quieta y escucharme?

—Sí señora.

—No es por el vaso. ¿Vas a desfilar en la escola[1], no es cierto?

—Sí señora. Pero si quiere que venga el martes...

—¡No es eso Geneci!

—Perdone.

—Es que yo... Geneci, yo quería desfilar en tu escola.

—Pero...

—O hacer algo. Cualquier cosa. No soporto quedarme fuera del Carnaval.

—Pero...

—¿No tienen, qué sé yo, un ala[2] de patronas? Cualquier cosa.

—Si usted me hubiese hablado antes...

—Lo sé. Ahora es tarde. Para el disfraz y todo lo demás. Pero yo improviso una bahiana. Una diosa griega, que es sólo ponerme una sábana.

—No sé...

—Salgo junto con la percusión. Empujando una carroza alegórica.

—Mire que no es fácil...

—Lo sé. Pero quiero participar. Me defiendo bailando el samba. ¿Nunca me viste bailar? En los bailes del club, por ejemplo. Suena un samba y allá voy. Hasta creo que tengo algo de sangre negra. Es un decir. Disculpá.

—Está bien.

—¡Yo también soy pueblo, Geneci! Cuando veo pasar una escola me estremezco toda.

—Pero puede asistir.

—Pero yo quiero participar, ¿no entendés? En medio de la masa. Sentir lo que el pueblo siente. Vibrar, cantar, saltar, sudar.

—Mire...

—¿Por qué sólo ustedes pueden ser pueblo? Yo también tengo derecho.

—No sé...

—Si hay que pagar, yo pago.

—No es eso. Es que...

—Está bien. Mirá. No necesito salir por la avenida. Puedo coser. Ayudar a organizar a la gente. Ayudar con el transporte. El Alfa Romeo ahí está. También la Caravan, si el patrón no la echa de menos. Es la emoción de participar lo que me interesa ¿entendés? Poder decir "mi escola...". Tendría tema para el resto del año. Mis amigas se volverían locas de envidia. Algunas iban a fruncir la nariz. Pero yo no soy así. Yo soy macanuda. ¿No soy macanuda con vos, Geneci? Siempre te traté de igual a igual.

—Es verdad, sí señora.

—¡Mi Dios, el ama de leche de mi madre era negra!

—Sí señora.

—Geneci, es un favor que me hacés. En nombre de nuestra amistad. Hago cualquier cosa por nuestra "escola", Geneci.

—Bueno, si usted realmente está dispuesta...

—Cualquier cosa Geneci.

—Es que Rudinei y Fátima Araci no tienen con quien quedarse.

—¿Quién?

—Mis chicos.

—Ah.

—Si usted se pudiese quedar con ellos mientras yo desfilo...

—Ajá. Bueno. Lo voy a pensar. Después vemos.

—Los puedo traer y...

—Ya dije que lo voy a pensar, Geneci. Serví el cafecito en el living.

[1] Escola de samba.

[2] Grupos que conforman la escola de samba. Pueden ser mixtos o integrados sólo por hombres o mujeres.

Nació en 1938 en Porto Alegre, Brasil. Es uno de los más renombrados humoristas brasileños de la actualidad. Las crónicas que se publican pertenecen al libro "La madre de Freud".

Madres judías

Se dice que cuatro madres judías se encuentran en el cielo. Como no podía dejar de ser, toda la conversación gira sobre los hijos.

—No puedo quejarme —dice la primera—. Mi hijo, hasta hoy, sólo me dio felicidad. Un santo. Y en la Tierra, por causa de él, todos hablan sólo de caridad, de virtud, de buenos sentimientos.

—¿Su hijo es...? —pregunta la segunda.

—¡Jesucristo! —dice la primera. E, inclinándose hacia adelante, en tono confidencial y con un gesto que indica todo en derredor—. El dueño de todo esto.

—¿No es del padre?

—Bueno... Es de la familia.

—Ahora, alegría, lo que se dice alegría, quien me la da es mi hijo —dice la segunda madre—. Ah, qué orgullosa estoy de él. En la Tierra, por causa de él, todos hablan sólo de justicia, de cambios sociales, de solidaridad humana.

—¿Cómo se llama?

—Karl. Karl Marx.

—Mmmmm —hacen las otras, apretando la boca.

—Shnuga... —suspira la madre de Marx, recordando su apodo de bebé.

—¿Y mi hijo? —dice la tercera—. Un profesor. Este sí es para que una madre se enorgullezca. ¡Inteligeeeeeeente! Un bocho. En la Tierra, por causa de él, todos hablan sólo del Universo, de la relatividad, de los agujeros negros...

—¿Quién es él?

—Beto.

—¿Beto?

—Einstein.

—Ah.

Le falta hablar a la cuarta madre y las otras tres se vuelven hacia ella.



HISTORIAS

Por Luis Fernando Verissimo

Nació en 1938 en Porto Alegre, Brasil. Es uno de los más renombrados humoristas brasileños de la actualidad. Las crónicas que se publican pertenecen al libro "La madre de Freud".



Exageración

Me confieso un urbano convicto. Tengo, como todo el mundo, visiones idílicas de una vida suburbana, árboles en el terreno de atrás y pajaritos amigos, pero esto no debe ser confundido con algún tipo de nostalgia por la selva.

Suburbano significa en los alrededores de lo urbano, con agua corriente y cine cerca. Estoy a favor de la civilización con todas sus contrariedades. Las personas que defienden lo pastoril y la vuelta a lo primitivo nunca se acuerdan, en sus rapsodias a la vida rústica, de los insectos. Siempre que oigo a alguien describir, extasiado, las delicias de un campamento —ah, dormir en el suelo, hacer fuego con ramas secas e ir al baño detrás de un arbusto— me sorprendo un poco más con la especie humana. Somos todos de la misma especie, pero lo que horriza a algunos encanta a otros. Pues yo soy de los horrorizados con la privación deliberada. Muchas generaciones contribuyeron con su sacrificio y su ingenio para que yo no necesitase hacer nada más detrás del arbusto. Me sentiría un ingrato haciéndolo. Y la verdad es que, hasta para quien no tiene mis prejuicios, las delicias de lo primitivo nunca son exactamente como las describen. Aquella legendaria casa a la orilla de una playa escondida donde la civilización no llegó y todo, por lo tanto, es puro y bueno, no existe. O, si existe, no es tan así.

—Necesitás verlo. Un paraíso. No hay ni un almacén cerca.

Es decir, no hay acceso a la aspirina, a los fósforos o a algún tipo de lectura. Salvo, tal vez, a la mitad de una revista *Cigarra* de 1948. La peor mitad.

—Uno se duerme oyendo el ruido del mar...

Y del viento entrando por las grietas. Y de animales terrestres y anfibios intentando entrar en la casa para agarrar tu pie. Y si te lo agarran, te morís. El antibiótico más cercano está a 100 kilómetros. No. Me quedo en la ciudad. La máxima concesión que hago a lo natural son las bermudas. Y, aun así, largas.

Muy cortas y ya es un comienzo de vuelta a la selva.

Pero es cierto que hay exageración en el otro sentido.

La humanidad, o por lo menos aquel fragmento privilegiado de la humanidad que se beneficia con los avances de la técnica y el confort que proporciona, se acostumbra muy rápidamente con lo que tiene. Me imagino que no pasó mucho después de que descubrieron cómo hacer fuego para que alguien exclamase: "¡No entiendo cómo podían vivir sin fuego!" Era inconcebible que, durante algunas generaciones, nuestros antepasados hubiesen vivido sin calor y sin carne asada. Lo mismo con la rueda. ¿Cómo vivíamos sin la rueda, mi Dios? ¿Es posible imaginar el mundo sin teléfono? ¿Cómo se llamaban las personas cuando no existía el teléfono? ¿Y la radio portátil? Se crea o no, hubo un tiempo en que las personas iban al fútbol sin radios. Aun cuando ya existían, eran grandes y pesados aparatos que necesitaban enchufarse. Para llevarlas al partido, sólo un cable muy largo. Y ¿cómo sabían si les gustaba el juego, sin oír a los comentaristas?

¿La televisión tiene cuántos? Cincuenta años de edad. Y ya hay gente que se refiere a la época anterior a la televisión como a la prehistoria, un tiempo tan remoto y difícil de visualizar cuanto el tiempo de las cavernas. ¿Qué hacían todos antes de tener televisión en la casa? ¿Conversaban? ¿Leían? ¿O hacían alguna otra cosa rara?

Pero el otro día oí una frase que me sublevó, dicha por alguien tirado en un sillón frente a la televisión.

—¿Cómo es posible que las personas pudiesen vivir sin control remoto?

Merecía ser arrojado a la selva, desnudo y con una maza, para ver lo que era bueno y comenzar todo de nuevo. Si no fuera mi hijo, lo arrojaba.

Alivio

Un hombre siente que se despertó, pero no consigue abrir los ojos. Intenta moverse, pero descubre que está paralizado. Comienza a oír voces.

—Pobre...

—Mirá la cara. Parece que está durmiendo...

Siente olor a velas. ¿Será que...?

Otras voces:

—Descansó.

—Nadie lo esperaba. Tan saludable.

—Pobre...

Las voces parecen conocidas. Comienza a sentir pánico. Concentra todas sus fuerzas en abrir los ojos. No lo consigue. Intenta mover una de las manos. ¡Un dedo! Nada. Dios mío. ¡Necesito demostrar que es mentira, que no me morí! Me van a enterrar vivo. ¿O será que no es mentira? Realmente morí. Estoy oyendo todo, sintiendo todo, pero estoy muerto. Esto es horrible, esto es...

—Un hombre tan bueno...

—Gran tipo...

—Qué marido...

—Una vida ejemplar...

El hombre se queda más tranquilo. Puede estar en un velatorio. Pero, definitivamente, no es el de él.

Pueblo

Geneci...

—¿Señora?

—Necesito hablar con vos.

—¿Qué paso? ¿La comida no estaba rica?

—Estaba riquísima. No es eso. Necesitamos hablar.

—¿Aquí en la cocina?

—Sí, aquí, tu patrón no puede oírnos.

—Sí señora.

—Vos...

—¿Fue el vaso que rompí?

—¿Querés quedarte quieta y escucharme?

—Sí señora.

—No es por el vaso. ¿Vas a desfilar en la escola[1], no es cierto?

—Sí señora. Pero si quiere que venga el martes...

—¡No es eso Geneci!

—Perdone.

—Es que yo... Geneci, yo quería desfilar en tu escola.

—Pero...

—O hacer algo. Cualquier cosa. No soporto quedarme fuera del Carnaval.

—Pero...

—¿No tienen, qué sé yo, un ala[2] de patronas? Cualquier cosa.

—Si usted me hubiese hablado antes...

—Lo sé. Ahora es tarde. Para el disfraz y todo lo demás. Pero yo improviso una bahiana. Una diosa griega, que es sólo ponerme una sábana.

—No sé...

—Salgo junto con la percusión. Empujando una carroza alegórica.

—Mire que no es fácil...

—Lo sé. Pero quiero participar. Me defiendo bailando el samba. ¿Nunca me viste bailar? En los bailes del club, por ejemplo. Suena un samba y allá voy. Hasta creo que tengo algo de sangre negra. Es un decir. Disculpá.

—Está bien.

—¡Yo también soy pueblo, Geneci! Cuando veo pasar una escola me estremezco toda.

—Pero puede asistir.

—Pero yo quiero participar, ¿no entendés? En medio de la masa. Sentir lo que el pueblo siente. Vibrar, cantar, saltar, sudar.

—Mire...

—¿Por qué sólo ustedes pueden ser pueblo? Yo también tengo derecho.

—No sé...

—Si hay que pagar, yo pago.

—No es eso. Es que...

—Está bien. Mirá. No necesito salir por la avenida. Puedo coser. Ayudar a organizar a la gente. Ayudar con el transporte. El Alfa Romeo ahí está. También la Caravan, si el patrón no la echa de menos. Es la emoción de participar lo que me interesa ¿entendés? Poder decir "mi escola...". Tendría tema para el resto del año. Mis amigas se volverían locas de envidia. Algunas iban a fruncir la nariz. Pero yo no soy así. Yo soy macanuda. ¿No soy macanuda con vos, Geneci? Siempre te traté de igual a igual.

—Es verdad, sí señora.

—¡Mi Dios, el ama de leche de mi madre era negra!

—Sí señora.

—Geneci, es un favor que me hacés. En nombre de nuestra amistad. Hago cualquier cosa por nuestra "escola", Geneci.

—Bueno, si usted realmente está dispuesta...

—Cualquier cosa Geneci.

—Es que Rudinei y Fátima Araci no tienen con quien quedarse.

—¿Quién?

—Mis chicos.

—Ah.

—Si usted se pudiese quedar con ellos mientras yo desfilo...

—Ajá. Bueno. Lo voy a pensar. Después vemos.

—Los puedo traer y...

—Ya dije que lo voy a pensar, Geneci. Serví el cafecito en el living.

[1] Escola de samba.

[2] Grupos que conforman la escola de samba. Pueden ser mixtos o integrados sólo por hombres o mujeres.

Madres judías

Se dice que cuatro madres judías se encuentran en el cielo. Como no podía dejar de ser, toda la conversación gira sobre los hijos.

—No puedo quejarme —dice la primera—. Mi hijo, hasta hoy, sólo me dio felicidad. Un santo. Y en la Tierra, por causa de él, todos hablan sólo de caridad, de virtud, de buenos sentimientos.

—¿Su hijo es...? —pregunta la segunda.

—¡Jesucristo! —dice la primera. E, inclinándose hacia adelante, en tono confidencial y con un gesto que indica todo en derredor—. El dueño de todo esto.

—¿No es del padre?

—Bueno... Es de la familia.

—Ahora, alegría, lo que se dice alegría, quien me la da es mi hijo —dice la segunda madre—. Ah, qué orgullosa estoy de él. En la Tierra, por causa de él, todos hablan sólo de justicia, de cambios sociales, de solidaridad humana.

—¿Cómo se llama?

—Karl. Karl Marx.

—Mmmmm —hacen las otras, apretando la boca.

—Shnuga... —suspira la madre de Marx, recordando su apodo de bebé.

—¿Y mi hijo? —dice la tercera—. Un profesor. Este sí es para que una madre se enorgullezca. ¡Inteligeeeeeeente! Un bocho. En la Tierra, por causa de él, todos hablan sólo del Universo, de la relatividad, de los agujeros negros...

—¿Quién es él?

—Beto.

—¿Beto?

—Einstein.

—Ah.

Le falta hablar a la cuarta madre y las otras tres se vuelven hacia ella.

—Yo ni hablar quiero porque ustedes me van a tener envidia —dice ella.

—Hable.

—¡Qué hijo!

—¿Quién es?

—Un médico.

—¿Qué hizo?

—Por causa de él, en la Tierra, todos hablan sólo de la madre.

Y la madre de Freud se queda sonriendo, dejándose admirar por las otras tres.

¡Hijo era ése!

El doctor Meñique

Los hermanos se habían criado oyendo los cuentos del doctor Meñique, el hombre más chico del mundo, que el padre contaba para hacerlos dormir. De cómo había sido arrojado, con una honda, detrás de las líneas enemigas durante la II Guerra Mundial para actuar como espía y fue descubierto enseguida porque no tenía cómo esconder la cámara en miniatura. Su fuga espectacular, aunque involuntaria, del campo de concentración, en las garras de un gavilán que lo había confundido con un ratón. Todo esto después de haber escapado del fusilamiento, porque el pelotón no conseguía apuntarle. Por su actuación durante la guerra el doctor Meñique había sido condecorado y caído hacia adelante por el peso de la medalla. Había desfilado triunfal por las calles de su ciudad en un cochecito de bebé abierto y había tenido que ser socorrido deprisa debajo del papel picado. A pesar de ser un héroe, la vida del doctor Meñique no había sido fácil después de la guerra. Había intentado ser músico, tocando la trompeta, pero sin éxito. Conseguía soplar la boquilla, pero no llegaba a tiempo para presionar los pistones. Había aceptado trabajos denigrantes, como limpiar dedales. Hasta llegó a ser hombre-bala en un circo, donde todas las noches era disparado desde una escopeta contra una red. Bailaba y cantaba en la calle y después pasaba el sombrero, pero en el sombrero sólo cabía una moneda cada vez.

Un día, sin embargo, su suerte cambió. Fundó una microempresa para rescatar cosas de dentro de sofás. El propio doctor Meñique, vistiendo una ropa especial para lo que él llamaba acolchafandrismo —escafandrismo en acolchados— entraba muebles adentro en excursiones que podían durar días y de las cuales volvía, muchas veces, con verdaderas fortunas. Por contrato, se quedaba con la mitad de todo lo que encontraba dentro de los sofás, ya fuesen monedas, joyas o capuchones de lapiceras. Se enriqueció. Construyó una casa con una enorme bañera para poder navegar. Andaba por la calle siempre con un caro cigarro entre las manos y con un anillo de diamante en el cuello, arrastrado por un chihuahua atado con un collar de brillantes. Usaba unas corbatas-mosquito importadas y trajes con una sola hombrera para los dos hombros, hechos por tres sastres famosos. Cuando entraba en los grandes restaurantes llevando a grandes mujeres por el tobillo, nunca dejaba de meter, discretamente, algunos billetes de 1000 en la botamanga de los pantalones del maître, para ser bien servido. Eran muchas las historias del inolvidable doctor Meñique.

Tan inolvidable que, aun después de grandes, los hermanos cada tanto lo invocaban. Como cuando se caía algo en un lugar inaccesible:

—Esto es un trabajo para el doctor Meñique...

O se ponían a conjeturar por qué el doctor Meñique de los cuentos del padre era "doctor".

—Abogado de pequeñas causas.

—No, no. Cirujano. Desistió de la profesión después de la vez en que lo olvidaron dentro de un paciente.

Los hermanos se hicieron adultos, cada uno se fue por su lado y formó cada uno su familia. Pero no consiguen interesar a sus propios hijos en las aventuras del doctor Meñique. A los hijos sólo les interesan los héroes electrónicos. El remedio es cambiar ellos mismos los cuentos del viejo personaje. Que, con el correr del tiempo, se hicieron un poco amargos. El doctor Meñique últimamente ha pensado mucho en el suicidio, por ejemplo. ¿Por qué?

—Tuvo un asunto con Luiza Brunet[3] y ella no lo notó.

—Nelson Ned[4] le dio un coscorrón en la cabeza.

¿Cómo serían los intentos de suicidio del doctor Meñique?

—Se tiró de la planta baja.

—Se ahorcó en la viga de la casilla del perro.

—¡Metió la cabeza en un enchufe!

Hoy los hermanos viven en ciudades diferentes. A veces intercambian telegramas:

"Lamento informar doctor Meñique víctima grave accidente en Suiza Stop Avalancha lo sepultó."

"Pido urgentes noticias estado salud doctor Meñique víctima avalancha nieve Suiza."

"Nieve no Stop Arvejas."

O si no:

"Doctor Meñique estado gravísimo después acto heroica imprudencia."

"Pido aclaración naturaleza acto envolvió desdichado doctor."

"Doctor Meñique atacó solo fuerte Playmobil." Etc. Pero ya no es lo mismo.

[3] Conocida modelo publicitaria brasileña.

[4] Cantante brasileño enano.

Sexa

Papá...

—¿Hummm?

—¿Cómo es el femenino de sexo?

—¿Qué?

—El femenino de sexo.

—No tiene.

—¿Sexo no tiene femenino?

—No.

—¿Sólo hay sexo masculino?

—Sí. Es decir, no. Existen dos sexos. Masculino y femenino.

—¿Y cómo es el femenino de sexo?

—No tiene femenino. Sexo es siempre masculino.

—Pero tú mismo dijiste que hay sexo masculino y femenino.

—El sexo puede ser masculino o femenino. La palabra "sexo" es masculina. El sexo masculino, el sexo femenino.

—¿No debería ser "la sexa"?

—No.

—¿Por qué no?

—¡Porque no! Disculpá. Porque no. "Sexo" es siempre masculino.

—¿El sexo de la mujer es masculino?

—Sí. ¡No! El sexo de la mujer es femenino.

—Y ¿cómo es el femenino?

—Sexo también. Igual al del hombre.

—¿El sexo de la mujer es igual al del hombre?

—Sí. Es decir... Mirá. Hay sexo masculino y sexo femenino, ¿no es cierto?

—Sí.

—Son dos cosas diferentes.

—Entonces, ¿cómo es el femenino de sexo?

—Es igual al masculino.

—Pero, ¿no son diferentes?

—No. O, ¡sí! Pero la palabra es la misma. Cambia el sexo, pero no cambia la palabra.

—Pero entonces no cambia el sexo. Es siempre masculino.

—La palabra es masculina.

—No. "La palabra" es femenino. Si fuera masculino sería "el pal...".

—¡Basta! Anda a jugar.

El muchacho sale y la madre entra. El padre comenta:

—Tenemos que vigilar al gurí...

—¿Por qué?

—Sólo piensa en gramática.

TORIAS

Por Luis Fernando Verissimo



—Yo ni hablar quiero porque ustedes me van a tener envidia —dice ella.
—Hable.
—¡Qué hijo!
—¿Quién es?
—Un médico.
—¿Qué hizo?
—Por causa de él, en la Tierra, todos hablan sólo de la madre.
Y la madre de Freud se queda sonriendo, dejándose admirar por las otras tres.
¡Hijo era ése!

El doctor Meñique

Los hermanos se habían criado oyendo los cuentos del doctor Meñique, el hombre más chico del mundo, que el padre contaba para hacerlos dormir. De cómo había sido arrojado, con una honda, detrás de las líneas enemigas durante la II Guerra Mundial para actuar como espía y fue descubierto enseguida porque no tenía cómo esconder la cámara en miniatura. Su fuga espectacular, aunque involuntaria, del campo de concentración, en las garras de un gavilán que lo había confundido con un ratón. Todo esto después de haber escapado del fusilamiento, porque el pelotón no conseguía apuntarle. Por su actuación durante la guerra el doctor Meñique había sido condecorado y caído hacia adelante por el peso de la medalla. Había desfilado triunfal por las calles de su ciudad en un cochecito de bebé abierto y había tenido que ser socorrido deprisa debajo del papel picado. A pesar de ser un héroe, la vida del doctor Meñique no había sido fácil después de la guerra. Había intentado ser músico, tocando la trompeta, pero sin éxito. Conseguía soplar la boquilla, pero no llegaba a tiempo para presionar los pistones. Había aceptado trabajos denigrantes, como limpiar dedales. Hasta llegó a ser hombre-bala en un circo, donde todas las noches era disparado desde una escopeta contra una red. Bailaba y cantaba en la calle y después pasaba el sombrero, pero en el sombrero sólo cabía una moneda cada vez.

Un día, sin embargo, su suerte cambió. Fundó una microempresa para rescatar cosas de dentro de sofás. El propio doctor Meñique, vistiendo una ropa especial para lo que él llamaba acolchafandrismo —escafandrismo en acolchados— entraba muebles adentro en excursiones que podían durar días y de las cuales volvía, muchas veces, con verdaderas fortunas. Por contrato, se quedaba con la mitad de todo lo que encontraba dentro de los sofás, ya fuesen monedas, joyas o capuchones de lapiceras. Se enriqueció. Construyó una casa con una enorme bañera para poder navegar. Andaba por la calle siempre con un caro cigarro entre las manos y con un anillo de diamante en el cuello, arrastrado por un chihuahua atado con un collar de brillantes. Usaba unas corbatas-mosquito importadas y trajes con una sola hombrera para los dos hombros, hechos por tres sastres famosos. Cuando entraba en los grandes restaurantes llevando a grandes mujeres por el tobillo, nunca dejaba de meter, discretamente, algunos billetes de 1000 en la botamanga de los pantalones del maître, para ser bien servido. Eran muchas las historias del inolvidable doctor Meñique.

Tan inolvidable que, aun después de grandes, los hermanos cada tanto lo invocaban. Como cuando se caía algo en un lugar inaccesible:
—Esto es un trabajo para el doctor Meñique...
O se ponían a conjeturar por qué el doctor Meñique de los cuentos del padre era "doctor".
—Abogado de pequeñas causas.
—No, no. Cirujano. Desistió de la profesión después de la vez en que lo olvidaron dentro de un paciente.

Los hermanos se hicieron adultos, cada uno se fue por su lado y formó cada uno su familia. Pero no consiguen interesar a sus propios hijos en las aventuras del doctor Meñique. A los hijos sólo les interesan los héroes electrónicos. El remedio es cambiar ellos mismos los cuentos del viejo personaje. Que, con el correr del tiempo, se hicieron un poco amargos. El doctor Meñique últimamente ha pensado mucho en el suicidio, por ejemplo. ¿Por qué?
—Tuvo un asunto con Luiza Brunet[3] y ella no lo notó.
—Nelson Ned[4] le dio un coscorrón en la cabeza.
¿Cómo serían los intentos de suicidio del doctor Meñique?
—Se tiró de la planta baja.
—Se ahorcó en la viga de la casilla del perro.
—¡Metió la cabeza en un enchufe!
Hoy los hermanos viven en ciudades diferentes. A veces intercambian telegramas:
"Lamento informar doctor Meñique víctima grave accidente en Suiza Stop Avalancha lo sepultó."
"Pido urgentes noticias estado salud doctor Meñique víctima avalancha nieve Suiza."
"Nieve no Stop Arvejas."
O si no:
"Doctor Meñique estado gravísimo después acto heorica imprudencia."
"Pido aclaración naturaleza acto envolvió desdichado doctor."
"Doctor Meñique atacó solo fuerte Playmobil." Etc. Pero ya no es lo mismo.

[3] Conocida modelo publicitaria brasileña.
[4] Cantante brasileño enano.

Sexa

Papá...
—¿Hummm?
—¿Cómo es el femenino de sexo?
—¿Qué?
—El femenino de sexo.
—No tiene.
—¿Sexo no tiene femenino?
—No.
—¿Sólo hay sexo masculino?
—Sí. Es decir, no. Existen dos sexos. Masculino y femenino.
—¿Y cómo es el femenino de sexo?
—No tiene femenino. Sexo es siempre masculino.
—Pero tú mismo dijiste que hay sexo masculino y femenino.
—El sexo puede ser masculino o femenino. La palabra "sexo" es masculina. El sexo masculino, el sexo femenino.
—¿No debería ser "la sexa"?
—No.
—¿Por qué no?
—¡Porque no! Disculpá. Porque no. "Sexo" es siempre masculino.
—¿El sexo de la mujer es masculino?
—Sí. ¡No! El sexo de la mujer es femenino.
—Y ¿cómo es el femenino?
—Sexo también. Igual al del hombre.
—¿El sexo de la mujer es igual al del hombre?
—Sí. Es decir... Mirá. Hay sexo masculino y sexo femenino, ¿no es cierto?
—Sí.
—Son dos cosas diferentes.
—Entonces, ¿cómo es el femenino de sexo?
—Es igual al masculino.
—Pero, ¿no son diferentes?
—No. O, ¡sí! Pero la palabra es la misma. Cambia el sexo, pero no cambia la palabra.
—Pero entonces no cambia el sexo. Es siempre masculino.
—La palabra es masculina.
—No. "La palabra" es femenino. Si fuera masculino sería "el pal...".
—¡Basta! Anda a jugar.
El muchacho sale y la madre entra. El padre comenta:
—Tenemos que vigilar al guri...
—¿Por qué?
—Sólo piensa en gramática.

GENTILEZA EDITORIAL PLANETA

HOY HACE UN MES QUE DECIDI DEJAR DE FUMAR

LO QUE AUN NO HE DECIDIDO ES A PARTIR DE CUANDO...



el PERICH

EL ENIGMA REPARADOR

Cierto señor dedicó el fin de semana a efectuar algunas reparaciones urgentes en su casa, sin imaginar cuántas complicaciones se le presentarían. Deduzca quién fue el responsable de cada desastre.

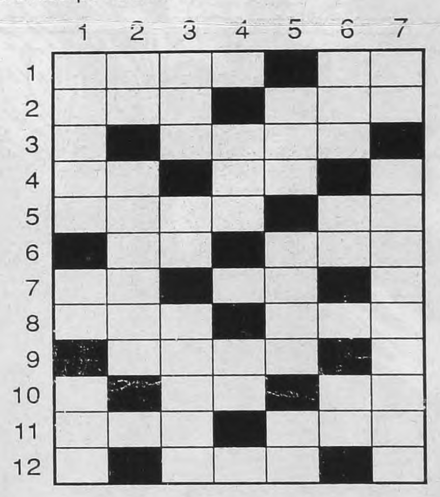
		RELACION					ACCION					OBJETO				
		Abuelo	Gato	Perro	Sobrino	Vecino	Comió	Derramó	Pisó	Robó	Rompió	Clavos	Martillo	Pegamento	Pincel	Pintura
INTRUSO	Asdrúbal															
	Desiderio															
	Lucas															
	Matías															
	Santiago															
OBJETO	Clavos															
	Martillo															
	Pegamento															
	Pincel															
	Pintura															
ACCION	Comió															
	Derramó															
	Pisó															
	Robó															
	Rompió															

1. Se sabe que el "ladrón" tiene cuatro patas.
2. Ni el abuelo ni Santiago, el vecino, rompieron algo.
3. Asdrúbal confundió el pegamento con miel, y lo untó sobre las tostadas que engulló con el té.
4. Desiderio debió ser llevado a la veterinaria después de pisar los clavos.
5. Lucas se disculpó cuando fue amenazado por el incidente con el martillo.
6. Matías, que no maúlla, no fue quien derramó la pintura.

SILABICO

Por M. Lenge

Una sílaba por casillero



HORIZONTALES: 1. que tiene pus./ Parte de la armadura que cubre la cabeza. **2.** Semilla./ Nombre para designar al rey del Japón. **3.** Estuche para el jabón. **4.** Casa de las aves./ Ave zancuda, de plumaje blanco mezclado con negro y pardo. **5.** Que produce miel./ Silbato de sonido agudo. **6.** Automóvil./ Ayudé. **7.** Atrapé./ Se queja. **8.** Deshonesto, despreciable./ Pone título. **9.** Exponente a que se eleva una cantidad para dar un número determinado (pl.). **10.** Parte central e inferior de la espalda./ Saldó su deuda. **11.** Soga gruesa./ Balneario privado de la costa atlántica. **12.** Digno de nota y atención.

VERTICALES: 1. Falto de ánimo./ Hermano de Abel./ Hacer que armonicen dos personas o cosas. **2.** Cavilen mucho sobre algo./ De cráneo alargado. **3.** Leguminosa de fruto con semillas discoidales y muy alimenticias./ Ponga fecha./ Que padece manía de grandeza. **4.** Quien hace o vende botas./ Proporción entre el tiempo de dos movimientos. **5.** Trabajador de las minas./ Dominamos, sojuzgamos./ Conjunto de alambres retorcidos, para conducir la electricidad. **6.** Corteza de los frutos./ Parte saliente de la cabeza de las aves./ Di a luz. **7.** Articulación del brazo con el antebrazo./ Especialista en nariz, garganta y oído.

Sílabas que ocupan casilleros donde las palabras no se cruzan: CA - GI - GO - HER - LA - NAR - NO - O - RIN - RO - TA - TO - TU.

SOLUCION

Asdrúbal, abuelo, comió pegamento.
Desiderio, gato, pisó, clavos.
Lucas, sobrino, rompió, martillo.
Matías, perro, robó, pincel.
Santiago, vecino, derramó, pintura.

